



Mis queridos niños y niñas, esta vez nos encontramos para compartir juntos esta maravillosa historia que, según me han dicho, ocurrió de verdad. Espero les guste y les anime a hacer cosas tan lindas como la que hicieron los personajes del cuento. Recuerden para estas Navidades, cuando se enciendan las luces del arbolito, pedir muchos deseos; especialmente, que todo el que no tenga que reciba; y a quien le falte cariño, le llegue suavemente al corazón la paz y el amor de Dios, llenándosele todo el interior de ternura y gozo.

Cuentos y pasatiempos

(A cargo de GISELLE GRASS)

Cuento

Los que salvaron la Epifanía

Por GISELLE GRASS VELAZCO

Alejandro, Javier, Olivia y Miguel son cuatro hermanitos muy especiales que disfrutaban mucho de escuchar cuentos, principalmente cuando llueve. Ellos corren donde su abuela y le piden a coro que los entretenga con sus ocurrencias. La abuela, con mucha paciencia, los complace, pues se sabe un sinnúmero de historias, algunas las inventa ella misma y otras dice que realmente ocurrieron en un millón de años, cuando ella era todavía un niñita pequeña.

Cierto día, estaban los niños muy desanimados, pues a pesar de que no era día de clases tenían que permanecer en casa, ya que estaba llegando el primer frente frío de la temporada y la mamá no les permitía salir a jugar fuera. Ellos suspiraban lamentando no poder ir al patio para terminar de hacer una pajarera que estaban armando desde varios días atrás.

En ese momento, la abuela, que les había preparado una exquisita natilla de chocolate, les convidó a la sala para un cuento. Mientras saboreaban el dulce, ella con voz pausada, al tiempo que retomaba su labor de tejido, comenzó así su historia:

Hace muchos años yo conocí a unos hermanitos que vivían en una casita de color blanco con techos rojos, la puerta y las ventanas del mismo color del cielo, enredaderas en las columnas del portal y a la entrada principal de la casa había colgado un viejo farol que se mantenía encendido todas las noches para que pudieran guiarse los viajeros nocturnos, los duendes, y las hadas madrinas que suelen pasar por allí, aún por estos días.

– ¿Hasta el día de hoy? – interrumpió Olivia con su boquita toda llena de chocolate.

– Sí, mi niña – contestó la abuelita – todavía pasan. Como la casa está ubicada al final de la calle y es la más alta de todas, el farol puede verse desde la distancia e indica la entrada al pueblo. Pero este cuento no se trata ni de duendes ni de hadas madrinas, trata de lo mucho que se puede hacer con tan solo desear ayudar a los demás, y que por muy pequeños que seamos podemos llegar a ser los más grandes héroes de la historia.

Pues bien, esos hermanitos me contaron que cierta vez en su casa no había luz para alumbrarse por las noches, y hasta el farol de la entrada estaba roto, por eso el padre estaba muy preocupado,

pues ya finalizaba diciembre, y los viajeros, que vienen exactamente por esas fechas haciendo una larga travesía, nunca encontrarían la entrada del pueblo, y simplemente seguirían de largo sin hacer su visita a todos los niños que se habían portado bien durante todo el año, y estarían en espera de su bien ganada recompensa.

¡Imaginen cuanta irresponsabilidad! Esta es mi encomienda de tantas generaciones, desde el tataratataratatarabuelo de mi padre hasta ahora. A mí me toca seguir con la tradición de mantener la luz encendida y he fallado. » Así se lamentaba el padre caminando por toda la casa. No se podía salir afuera porque no paraba de llover y ya eran cinco días de lluvia ininterrumpida, hasta el río estaba crecido, cosa extraña, pues más bien era época de seca. « ¡Cuántos se quedarán sin su regalo por no prevenir como era mi deber! » Los niños se preguntaban qué hacer para ayudar a su papá.

Así fue como idearon hacer ellos mismos, con sus propias manitos, los regalos para cada niño del pueblo. Faltaban solo tres días y entonces, ni cortos ni perezosos, comenzaron a trabajar.

Usaban cualquier cosa: recorticos de madera, pedacitos de cartón, papeles de colores, retazos de tela, madejas de hilo, hasta prepararon su propio engrudo y no descansaron hasta terminar. Luego de mucho trabajo les resultaron pájaros de papel, muñequitas de trapo, papalotes de colores, molinetes de viento, títeres hechos de medias con flecos, abanicos, trencitos de madera y hasta diminutos castillos de cartón, en fin, toda una colección de hermosos juguetes. El papá quedó boquiabierto al ver lo que sus hijos habían hecho con tanto amor y esmero. « ¡Vamos, papá, a repartir casa por casa! » Esa noche se montaron en un botecito y navegando por el río repartieron hasta el último regalo. Fueron ayudados por todos los padres que esperaban en cada puerta y que sigilosos colocaban los regalos al pie de las camitas. Fue una noche muy larga, les pareció a los hermanitos, pero se divirtieron un montón y por supuesto estaban muy orgullosos de haber ayudado a su papá, que ahora les sonreía lleno de felicidad.

Al llegar a la casa la mamá los estaba esperando con una natilla de chocolate igual que esa que ustedes se acaban de comer. Así de esa manera los hermanitos salvaron la Epifanía. Algunos cuentan que milagrosamente el farol, al final se encendió y que

junto a los regalos aparecieron en cada casa, otros presentes, pero ninguno agradó tanto como los que ellos hicieron. Y por supuesto los hermanitos tuvieron los suyos muy especiales.

– Yo sé quiénes eran los viajeros nocturnos – se apresuró a decir Javier.

– Y yo sé quién, yo sé quién – dijo a gritos Miguel.

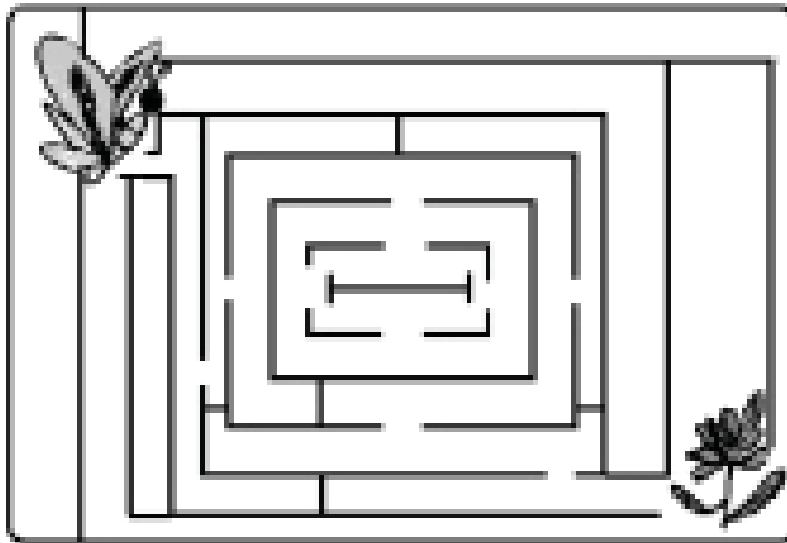
– Dime, abuela ¿esos viajeros del cuento son los Reyes Magos? – preguntó Alejandro.

«– Así es, ellos mismos son –contestó la abuela sonriendo– Ellos aún se guían por ese viejo farol para entrar al pueblo y es por eso que su papá, cada noche lo enciende, tal y como lo hiciera

una vez su padre y siempre se cerciora de que nunca se rompa, especialmente cuando se acerca esa noche en la que llegan los viajeros nocturnos.

Esta historia que les contara la abuela, no se les olvidó a los niños, y desde ese día no pensaron en otra cosa que en lo bueno que era su papá y en lo hermoso que ahora les parecía el viejo farol de la esquina. La noche anterior a la Epifanía, justo antes de dormir, asomaron sus caritas por la ventana y con los ojitos llenos de sueño: ¡Milagro! Pasando por debajo del farol vieron tres enormes siluetas que silenciosamente atravesaban la noche.

Ayuda a la mariposa



Trabalenguas

Pablito clavó un clavito
en la calva de un calvito.
En la calva de un calvito,
un clavito clavó Pablito.

ADIVINANZA

Una dama caprichosa
riega la tierra
y abre la rosa

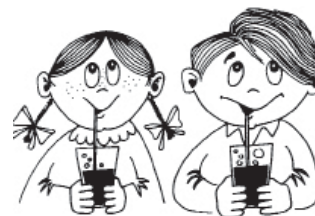
La lluvia
Autora: Dora Alonso

Suelen milagros trenzar...

La casa de Cenicienta
Tiene una sola ventana;
La cierra si está lloviendo
Y la abre cuando escampa.

En la casa no hay espejo,
Y Cenicienta, asomada,
Espera en ella a la Luna
Para mirarse la cara.

Orestes Espinosa Marrero
Güira de Melena, La
Habana, 1962.



¡Hasta la próxima!